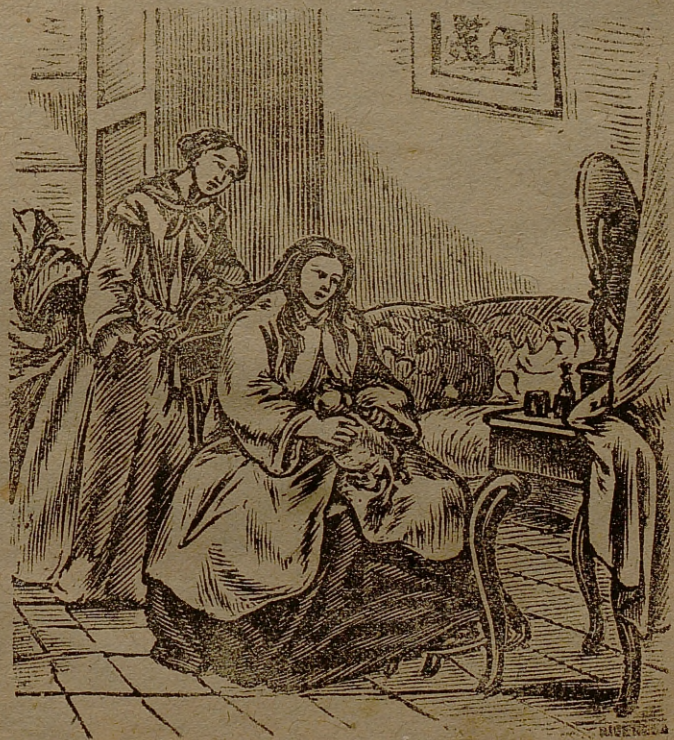


1162
FM-4675

HISTORIA
DEL
TRAPERO DE MADRID

POR
B. M.



Se halla de venta en casa los Sucesores de Antonio Bosch,
calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13,
PALMA Tienda de M. Borrás Cuesta del Teato.

1847

FM-4675

HISTORIA
DEL
TRAPERO DE MADRID.

POR

B. M.



PALMA. Tienda de M. Borrás. Cuesta del Teatro.

Se ha

PALMA.

Bosch.

Se ven en la tienda de M. de Borrás.
Calle del Call, 40.

TRAPERO DE MADRID

ES PROPIEDAD.



Imprenta Peninsular, calle del Conde del Asalto, núm. 69.

Ayuntamiento R/115275

EL TRAPERO DE MADRID.

CAPITULO PRIMERO.

El asesinato.

Dígase lo que se quiera, el hombre, perdida la gracia de Dios, es malo por naturaleza. Obsérvese sino con atencion. Cuando niño, obra el mal por instinto; cuando hombre, por egoismo.

Podrá la educacion civil disimular, entiéndase bien, disimular tan solo, los malos instintos del hombre; corregirlos, extirparlos, nunca. Hay hombres buenos, se dirá, que practican obras buenas; no es exacto, absolutamente hablando. Lo que hay hombres menos malos unos que otros; y en cuanto á las obras buenas, examínense bien y á la larga se verá que las ha producido el egoismo, no la bondad de los hombres.

Esta es por lo menos nuestra opinion, hija de largos años de observacion, y en apoyo de la cual podríamos citar no uno, miles de ejemplos, que no nos permiten aducir las cortas dimensiones que podemos dar á este trabajo.

Por ahora conténtense nuestros lectores con leer la presente historia y dígnanos luego si no resulta cierta la tésis que dejamos consignada.

Vicente Soler era hijo de una familia acomodada, cuyos jefes, por lo mismo que eran ricos, y como hacen generalmente todos los padres, si son ricos, descuidaron completamente la educacion del que habia de heredarles.

No confundamos la educacion con la instruccion. Los maestros y los padres de Vicente lo instruyeron; pero no lo educaron.

Fruto de esta educacion fué que el hijo matára á sus padres á disgustos y que á la muerte de éstos consumiera su cuantioso patrimonio á poco tiempo, entregándose á la mas disipada vida, hasta que se vió abocado á la mas extrema miseria.

En esta situacion, lo último en que pensó Vicente fué en corregirse y en trabajar.

Decimos mal lo último, pues ni siquiera se le ocurrió esta idea. La única que le vino en mientes fué la del crimen. Primeramente pensó en el suicidio, pero rechazó esta idea y pensó en hacerse rico á cualquiera costa.

No se sabe cómo, supo un dia que el rico banquero D. Luis Villanueva debia recibir un depósito de doscientos mil duros, de un

caballero á quien el gobierno mandaba á una comision al extranjero, que debia durar tres ó cuatro años, por cuyo motivo depositaba aquel sus fondos en casa de Villanueva, que tenia correspondencia en todas las capitales del mundo.

Soler resolvió apoderarse de aquella suma á toda costa. Terminada la hora del despacho en casa de Villanueva, el cajero de ésta, llamado Santiago Contreras, fué por encargo de su principal, á casa del caballero en cuestion á recoger los doscientos mil duros, pues tenia que salir al dia siguiente de Madrid.

Bien hubiera podido Santiago Contreras guardarse la suma hasta el dia siguiente para ingresarla en caja; pero el honrado cajero no quiso de ninguna manera cometer lo que él tenia por una extralimitacion y fuese, ya muy entrada la noche, á casa de su principal.

La noche era fria y tempestuosa. En aquella época, (1825) las calles de Madrid estaban apenas alumbradas por malas candilejas de aceite, por cuya circunstancia desde el amanecer era sumamente peligroso abandonar el hogar doméstico.

Al pasar Santiago Contreras por la plazuela de los Afogados fué asesinado por Soler, que lo estaba acechando escondido en un monton de escombros de una casa en construccion.

Contreras no murió en el acto, pero cayó privado de sentido aturdido por el tremendo golpe que le dió el infame Soler. Este al ver al infeliz cajero en el suelo metióle la mano en el bolsillo del pecho, del cual sacó una cartera. Contreras volvió un poco en sí, pidiendo ¡socorro! con voz débil. Soler tapó con una mano la boca de Contreras para impedir que gritara, mientras con la otra se embolsaba los doscientos mil duros que contenia la cartera.

A los gritos de ¡socorro! del moribundo, acudió un traperero que en aquel instante entraba en la plazuela á ejercer su industria en los montones de basura que dejaban los vecinos. Agarróse con una mano al cuello del asesino, acercando con la otra su farol á la cara de Soler; pero este dando bruscamente un salto logró desasirse de la mano de hierro que amenazaba ahogarle, pegando al mismo tiempo tan tremendo empujón al traperero, que este fué á caer á algunos pasos de distancia.

El traperero que era joven, fuerte y robusto, púsose rápidamente en pié, pero el asesino habia ya desaparecido por una calle inmediata, dejando abandonada la cartera de Santiago.

Entre perseguir al asesino y auxiliar al moribundo, el generoso traperero obtuvo por esto último.

Acercóse á Santiago; pero inútilmente, Contreras habia fallecido.

Recogió el traperero la cartera por si podia darle alguna luz y alejóse rápidamente, temeroso de que á justicia sobreviniese le envolviese en el proceso.

Vicente Soler se ausentó de Madrid por dos años. A su regreso contó á sus antiguos amigos que habia heredado á unos parientes, de lo cual nadie dudó pues efectivamente los tenia ricos.

Se asoció despues con D. Luis de Villanueva, logrando con-

quistarse con sus talentos y laboriosidad toda la confianza del afamado banquero.

El tío Antonio, que así se llamaba el trapero, supo por los documentos que contenía la cartera que el asesinado en la plazuela de los Afligidos se llamaba Santiago Contreras. Juró á sí mismo no cejar hasta descubrir al asesino y buscar á la familia de aquel, si la tenía, para protegerla en la medida de sus fuerzas.

Entretanto el asesino se burlaba de la justicia disfrutando y derrochando una fortuna por tan infames medios adquirida, y siendo considerado y respetado por el mundo, que rinde siempre pasión al potentado, sin indagar el origen de sus riquezas, y desprecia al pobre y desvalido solo por serlo.

CAPITULO II.

Veinte años despues.—El miércoles de Carnaval.

Han pasado veinte años desde la muerte del honrado cajero del banquero Villanueva.

El tío Antonio nada ha averiguado respecto al asesino de Santiago; pero ha sido más afortunado respecto á la familia de éste. La infeliz esposa de Contreras murió á consecuencia del disgusto que le ocasionára el fatal acontecimiento, dejando á una niña de pocos años, que el honrado trapero tomó bajo su protección, manteniéndola y educándola hasta que estuvo en edad de ganarse honradamente la vida.

Mariquita, que así se llamaba la hija adoptiva del tío Antonio, era una hermosa jóven de veinte años, honrada y buena hasta lo sumo, é inocente en alto grado, pues el previsor trapero, apenas Mariquita estuvo al corriente de su oficio de modista, la sacó del taller donde trabajaba, para que no se contaminára con el roce con sus amigas de taller, cuyas costumbres en aquella época no eran de las más ejemplares.

La jóven costurera ocupaba un reducido cuartito, pared por medio de la boardilla del trapero, en la calle de Ministriles. La conducta de la jóven era irreprochable y los cuidados y solicitud del trapero para con ella extremados, por lo que se profesaban un entrañable cariño.

El asesino de Santiago Contreras, no era ya Vicente Soler á secas. Había comprado un título, y se llamaba el Marqués de Casa Vicente. Habíase casado y enviudado al dar su esposa á luz una hija, que á la sazón tenía diez y ocho años, y se llamaba Clara.

La hija del marqués era regularmente hermosa y un poco frívola, caprichosa y orgullosa en alto grado. Mal educada por su padre, como este lo había sido por el suyo, estaba acostumbrada á hacer en todo su voluntad. A espaldas de su padre, que, engolfado en

sus negocios no cuidaba para nada de Clarita, había tenido esta varios amantes, que, fundada ó infundadamente menoscabaron su reputacion de mujer honrada.

El último de ellos había sido el baron del Jinca, con el cual esperaba casarse, que había muerto hacia unos tres meses, dejando á la hija del marqués en un estado que era ya imposible ocultar á nadie.

En semejante situacion urgía reparar en lo posible aquella brecha que en el honor del marqués de Casa-Vicente, abría la conducta un tanto liviana de su hija. ¿Pero donde encontrar un marido tan complaciente? Imposible le parecia esto al marqués y se daba á todos los diablos.

Muerto el señor de Villanueva hacia ya muchos años, y mereciéndole Soler la más completa confianza, dejó á este por Administrador de sus caudales, que eran inmensos, y tutor de su único hijo Luis, que era muy niño entonces.

Faltos los negocios de la buena direccion que Villanueva les imprimía no prosperaron en manos de Soler. Este, que para nada cuidó de la educacion de su hija, no había de ser más solícito de la del jóven Luis, que se crió en efecto del modo más desastroso.

Gracias á la criminal conducta del marqués de Casa-Vicente, pues consideramos un crimen el descuido en esta parte, el heredero de Villanueva era á pesar de su buena índole un calavera de los más acabados de su tiempo. Rico en extremo, sus pasiones y vicios no tenían limite ni precio. Tenía dos años más que Clarita y pronto debía entrar en posesion de sus derechos.

El marqués había formado las cuentas de tal modo que al cumplir Luis su mayor edad se encontraría poco menos que en la miseria, si no era muy listo el encargado de revisarlas.

El marqués no las tenía todas consigo, pues, por un lado el mal estado de sus negocios y por el otro el no menos malo de su hija Clarita, lo traían á mal traer, y sin saber como salir del paso.

En esta situacion ocurriósele al marqués casar á su hija con Luis, con lo que conseguia saldar sus cuentas con este y librarse de una hija que lo comprometia con sus caprichos.

Clara no amaba á Luis y por lo tanto rechazó la proposicion de su padre; pero este le hizo ver la necesidad de esta medida, pintándole al vivo la situacion en que ambos se encontraban.

—El desconcierto en los negocios que emprendo y tu afan por los placeres han mermado de tal modo mis capitales, que el día en que Luis pretendiese averiguar cual fué la herencia que le dejó su padre, y decidiera recobrarla, la miseria y el oprobio seria lo que quedase sobre nosotros,—decia el marqués á su hija.—Dime ahora,—añadió,—que conoces tu posicion y la mia, si es ó no indispensable que Luis no salga de esta casa ni de mi lado jamás; que sea, en fin, mi hijo, si deseas conservar á tu padre y el lugar que ocupas en el mundo.

A las convincentes razones de su padre, Clara, que ignoraba la posicion en que aquel se encontraba, se sometió á sus deseos.

Luis queria á Clara, á cuyo lado se había criado, como á una

hermana nada mas; ignoraba cuya fuese la fortuna que su padre le habia dejado, y fiándose completamente del marqués, creia lo que éste le decia respecto á haberla ya casi disipado.

Ignoraba además, el estado de Clara y admitió la propuesta de casamiento, no con júbilo, pero resignado casi; toda vez que la riqueza de su esposa le permitiría continuar la vida ostentosa á que estaba acostumbrado.

El martes de Carnaval del año 1845 la hija del flamante marqués de Casa-Vicente salia del mal paso en que la habian colocado sus amores dando á luz un robusto niño, que el marqués, siempre malvado y egoista hizo desaparecer, valiéndose al efecto de la comadrona que asistiera á su hija, y á la cual pagó su infame servicio con cuarenta mil reales.

A Clara, que, digámoslo en su abono, queria retener á su lado á su hijo, se le dijo que lo llevarian á la Inclusa, pues el retenerlo en casa traeria no pocas dificultades.

Eran las diez de la noche y el tio Antonio, despues de despedirse de Mariquita, que estaba todavia cosiendo, salió como de costumbre á su nocturna excursion, provisto con la cesta y el farol colgado de un extremo del gancho.

Mariquita estaba acabando un precioso vestido de blonda para Clarita.

La hija del marqués habia conocido á Mariquita en el taller donde habia trabajado esta, que era el mismo del cual se servia; sabia que era una de las mejores oficialas y de vez en cuando la confiaba algun trabajo.

Terminado el vestido, Mariquita quiso probárselo para ver como estaba, pues era de la misma estatura que Clarita. Al verse en el espejo tan ricamente vestida no pudo menos de sonreirse de orgullo, pues era verdaderamente hermosa.

La pobre jóven no pudo ahogar un suspiro al pensar que á ella nunca le seria dado lucir tan ricos vestidos, ni divertirse ni gozar del mundo como aquellos dichosos seres que á la sazón pasaban por la calle riendo y alborotando, dirigiéndose á algunos de lo muchos bailes que se celebraban aquella noche, y cuyas risotadas llegaban hasta su cuarto.

Iba la jóven á quitarse el vestido que tantas reflexiones le sugiriera, cuando sonaron detrás de la puerta grandes carcajadas y voces conocidas de la jóven costurera. Fué ésta á abrir y al instante invadieron la reducida habitacion cinco ó seis muchachas de la misma edad que Mariquita, vestidas todas caprichosamente y riendo y bromeando de lo lindo.

Eran todas oficialas del taller donde habia trabajado Mariquita, que iban al baile de Villa-Hermosa, que pasando por la calle se les ocurrió de subir y llevarse consigo á Mariquita.

Se sorprendieron no poco de encontrar á esta tan ricamente vestida; pero Mariquita les explicó el motivo y se negó además á ir con ellas, alegando que nunca habia estado en ningun baile, que no tenia traje á propósito y sobre todo que sin consentimiento de su padre adoptivo, que en aquel momento estaba fuera, no se atreveria á salir de casa á tales horas y menos para ir á un baile.

Las amigas de Mariquita, que eran tan locas como esta juiciosa, pintaron á esta con tan risueños colores los placeres honestos de un baile, prometiéndola estar de vuelta cuando aun no hubiese vuelto el trapero, que al fin conquistáronla y se la llevaron consigo despues de haberla ataviado entre todas, y de haber ponderado su belleza que era en verdad extremada.

La inocente jóven no sabia ciertamente á lo que se exponia yendo á una de esas peligrosas diversiones, en las que entonces como ahora reina siempre la más descocada franqueza.

En su precipitada salida olvidóse la jóven costurera de cerrar la puerta de su cuarto. Proveyéronse las jóvenes de antifaces una vez en la calle y penetraron en el baile de Villa Hermosa, alegres y bulliciosas, viéndose al momento cercadas por una multitud de pollos no menos alegres.

Dejémoslas en el baile y vamos á saber que se habia hecho del hijo de Clarita, venido al mundo en la bulliciosa noche de un martes de Carnaval.

Doña Agustina Arroyo, que así se llamaba la comadrona encargada por el marqués de la desaparicion del niño, no tuvo reparo en embolsarse los cuarenta mil reales que le valia su *delicada* mision; pero si lo tuvo en cumplir al pié de la letra su cometido. No tuvo valor para inmolar al tierno infante. Su corazon de cristiana se le impedía, si bien no le impedía su cristiano corazon, que en este caso era de judío, cobrarse los cuarenta mil reales en cuestion. Dios la castigó, sin embargo, pues á poco de haber salido de casa del marqués, con el niño en brazos, perdió los cuarenta mil reales que en billetes le diere aquél.

Salió Doña Agustina con intencion de depositar el niño en el portal de alguna casa, encaminándose al acaso á la calle de Ministriles. Entróse en el primer zaguan que encontró abierto; pero al ir á dejar su envoltorio en un ángulo del mismo, una familia habitante en la misma casa entró en el zaguan. Viéndose perdida doña Agustina subió la escalera, pues salir á la calle sin ser vista le era imposible. La familia aquella subió tambien, deteniéndose en el cuarto primero en don le entró. La comadrona, pudo al fin respirar y disponíase á volver á la calle desde el último piso al cual habia subido, cuando la puerta á que estaba arrimada, y que no era otra que la del cuarto de Mariquita, que esta se olvidó de cerrar al marcharse al baile, cedió á una ligera presion del cuerpo de la comadrona, encontrándose esta en la habitacion de la costurera.

Doña Agustina se asustó al principio; pero viendo que nadie parecia, supuso lo que realmente habia sucedido, esto es, que la puerta aquella no se habia cerrado por descuido, se tranquilizó y aprovechando la buena ocasion que la suerte le deparaba dejó el niño dentro de una cesta que debajo la mesa habia.

Hecho esto marchóse más que deprisa á su casa, felicitándose de su buena suerte y dándose á todos los demonios cuando al querer guardar los billetes en un cajon se cercioró de que los habia perdido. Volvió doña Agustina á la calle á desandar el trayecto que habia recorrido, excepcion hecha de la casa de la calle de Ministriles donde temia ser descubierta; pero inútilmete; los billetes no parecieron.

Conforme hemos dicho antes, al entrar Mariquita y sus amigas en Villa-Hermosa se vieron al instante rodeadas por una multitud de jóvenes, mejor dicho, por sus novios, pues todas á excepción de nuestra costurera le tenían y les esperaban. Mariquita quedó avergonzada por las libertades que sus amigas y sus novios se permitían y de buena gana se hubiera vuelto á su humilde vivienda; pero ¿cómo hacerlo á aquellas horas sola y sin exponerse á las burlas de todo el mundo? Resolvióse, pues á quedarse; pero sin tomar parte en la broma ni aun en la conversacion.

Uno de esos mozalvetes que nunca faltan en semejantes sitios, tomó á la pobre costurera por su cuenta, moliéndola á preguntas y chanzonetas de no muy buen género, á que la honrada jóven contestaba con el silencio, pudiendo ocultar el rubor que carmineaba sus mejillas gracias á la mascarilla que las cubria.



La jóven sufría horriblemente; pero el mozalvete en lugar de ceder se empeñó finalmente en conocerla y se dispuso á arrancarle el antifaz. Rechazó Margarita la agresion y al querer retroceder para librarse de las manos de aquel, pisóle este el vestido desgarrándole la falda de arriba á bajo. Margarita dió un grito y al mismo tiempo D. Luis Villanueva, el presunto marido de Clarita, que estaba tambien en el baile, y habia afeado al perseguidor de la costurera su insistencia en atormentarla, dió un solemne bofeton á aquel por su última y villana accion constituyéndose en protector de la jóven.

La aturdida Mariquita dió las gracias al jóven Villanueva por medio de una expresiva mirada que llegó al alma del animoso don Luis, y mientras este y el mozalvete abofeteado concertaban un duelo para el dia siguiente, Mariquita salió del baile al cual en mal hora habia asistido, dirigiéndose rápidamente á su cuarto, en donde se entregó á la mayor desesperacion al verse con el vestido de la hija del marqués de Casa-Vicente completamente inutilizado y sin recursos para indemnizar á su dueña.

La desesperacion de la jóven era grande; no tan solo habia sido objeto de burla y causa de un duelo en el primer baile á que habia asistido, sino que además habia echado á perder un vestido cuyo coste era doble de lo que la infeliz podia ganar en un año de continuo trabajo.

Tanto la afectó esa desgracia que hasta pasó por su mente la idea del suicidio; iba á ponerla en obra, cuando la llamaron la atencion los débiles vagidos de una criatura, y acercándose á la cesta de debajo de la mesa de la cual partian, encontróse con el niño de Clarita, que en ella depositado habia pocos momentos antes doña Agustina.

Grande fué la sorpresa de Margarita al encontrarse con aquel niño.

No comprendió cómo ni por quién habia sido llevado allí, no dudando que sus desnaturalizados padres lo habian abandonado para ocultar una falta.

La jóven costurera creyó que Dios le enviaba aquel angelito para disuadirla de su criminal intento de suicidarse, y la generosa jóven, que pocos momentos antes se desesperaba no sabiendo cómo indemnizar al dueño del vestido inutilizado, no pensaba ya en matarse; antes al contrario daba gracias á Dios por el presente que le enviaba y se prometia trabajar de noche y de dia para mantener al angelito que acababa de adoptar por hijo.

No se cansaba de mirarle y de besarle y no sabiendo como acallarle le arregló un poco de papilla, mientras volvía el tío Antonio para determinar entre los dos lo que con el niño debía hacerse.

Resonaron los pasos del traperero en la escalera, que la subía más contento que de costumbre, pues iba taraleando una cancion popular.

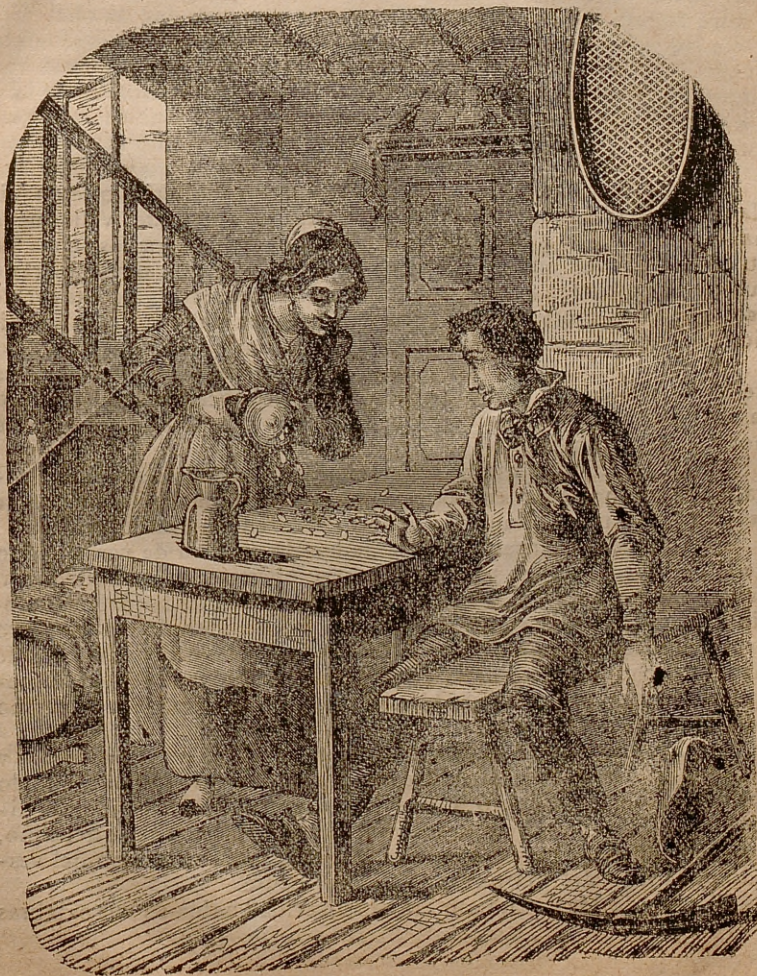
Al llegar el tío Antonio en el rellano de su bohardilla oyó el lloriqueo del niño en el cuarto de Mariquita, y llamándole la atencion aquel hecho, para él verdaderamente incomprendible, pues le

constaba la honradez de la joven y no había por lo tanto que suponer nada que el honor de esta lastimase, llamó, no obstante, un como una loca ante el asombrado trapero que no sabía lo que le pasaba.

Abrió esta al tío Antonio llevando al niño en brazos, y riendo como una loca ante el asombrado trapero que no sabía lo que le pasaba.

Finalmente Mariquita contó todo á su padre adoptivo, sin ocultarle lo del baile y lo del vestido y como se encontró al niño á la vuelta de aquel.

El trapero reprendió amistosamente á la costurera, pues algo se le ha de dispensar á la juventud y convinieron entre ambos en adoptar al niño, al que buscarían un ama desde el día siguiente.



Habiendo hecho notar Mariquita al traperero que él también estaba más animado que de costumbre, puesto que iba cantando por la escalera, sacó este un legajo de la cesta, que se había encontrado en la calle y que aun que no había examinado bien le parecían billetes de banco.

En efecto abierto el legajo se vió que contenía diez billetes de á cuatro mil reales cada uno, los mismos que había perdido la comadrona doña Agustina. El honrado traperero se alegró del hallazgo; pero no considerándose dueño de él guardólos á disposición de su propietario que no tardaría en reclamarlos por medio de los periódicos y en caso contrario se aplicarían al sostenimiento del niño adoptado.

Así terminó el martes de Carnaval de 1845, tan fecundo en acontecimientos para los principales personajes de esta historia.

CAPITULO III.

Prision de Mariquita.

Después de concertado el lance con el caballerito que en Villa-Hermosa había insultado á Mariquita, don Luis de Villanueva había preguntado á uno de los amigos de aquella por las señas de su casa. El jóven don Luis era un calavera y quería ver si la gratitud de la costurera era tal que le permitiese esperar algun favor de esos que otras mujeres más encopetadas le habían otorgado sin dificultad, aun sin mediar las circunstancias del presente caso.

Al día siguiente muy de mañana presentóse Villanueva en casa de Mariquita con el pretexto segun dijo de conocer á la persona por la cual iba á poner su vida en peligro, en el duelo que dentro una hora iba á verificarse.

Mariquita dió de nuevo las gracias á su generoso salvador, rogándole que no se batiera, pues nunca se perdonaría á sí misma de la desgracia que por su causa podría sobrevenir á don Luis.

Este que el día anterior no había tenido ocasion de ver el rostro de la costurera, si bien pudo admirar su hermosa figura, quedó encantado tanto de la belleza como de la discrecion de la jóven. Conoció que la conquista que tan fácil había considerado era un tanto problemática; pero no se avenía lo que veía y las otras costureras le habían dicho respecto de la honestidad de la jóven, con aquel pequeño infante que tenia en brazos y al cual acariciaba con cariño verdaderamente maternal.

Mariquita conoció á la vez lo que don Luis pensaba de ella y resuelta á desvanecer el mal concepto que de ella hubiera podido formarse don Luis, contó á este cómo y porqué había ido al baile de Villa-Hermosa, cómo y dónde había encontrado aquel niño, no ocultándole los apuros en que le ponía la inutilizacion del vestido de la hija del marques de Casa-Vicente.

El tono de Mariquita era tal; talsinceridad había en sus palabras

que el jóven Villanueva no dudó ni por un momento de que la jóven costurera decia la verdad.

Admirado de tanta virtud en medio de tanta escasez don Luis, que era generoso tuvo intencion de ofrecer un bolsillo á la jóven; pero se contuvo temeroso de que su accion ofendiera á la pundonorosa jóven y se retiró verdaderamente enamorado de Mariquita, y pidiendo permiso á esta para volverla á visitar en caso de salir bien del lance pendiente. Concedióselo Mariquita, no sin rogarle que desistiera del duelo.

Alejóse don Luis dejando antes disimuladamente el bolsillo encima del velador. Allí lo vió Mariquita al entrar de nuevo, por lo que cojiéndolo y llamando á grandes voces al jóven, que estaba ya á mitad de la escalera, se lo devolvió.

Este último rasgo acabó de enamorar á don Luis, que sentia ya haber dado su palabra al padre de Clarita y sentia no menos salir mal del lance en que pronto iba á figurar como uno de los principales actores.

El tio Antonio habia salido á leer los periódicos para ver si publicaban el anuncio de la pérdida de los cuarenta mil reales y en busca además de una ama para el niño. Encontróse el ama, pero los anuncios no parecieron.

Doña Agustina no se resolvió á publicarlos sin autorizacion del marqués de Casa-Vicente al cual habia dado cuenta de la pérdida, asimismo del cumplimiento de su cometido, diciéndole que el niño habia sido ahogado y colocado en un sitio lejano.

El marqués ofreció á la comadrona otros cuarenta mil reales tan pronto como sus cuidados no fuesen ya necesarios á su hija Clarita.

Mariquita habíase presentado á esta dándole cuenta del percañecido acaecido á su vestido, diciéndole que se habia enganchado de un clavo al ir á plancharlo por lo cual se habia desgarrado.

Irritóse la orgullosa jóven al principio; pero ultimamente se avino á indemnizarse quedándose á cuenta una parte del coste que iria satisfaciendo á la costurera, por trabajos sucesivos.

Villanueva tuvo la suerte de inutilizar á su contrario en el duelo celebrado el dia siguiente al del baile donde conoció á Mariquita, á la cual se presentó enseguida una vez terminado aquel.

La jóven no pudo disimular un movimiento de alegría al ver á Luis, que desde aquel dia la visitó diariamente, enamorándose cada vez mas de la gentil Mariquita, aunque sin manifestárselo ostensiblemente; pero como las mujeres no se equivocan nunca respecto de los sentimientos que inspiran pronto supo la índole del que por ella alimentaba el jóven.

Callábase y sin embargo disimulaba, para no dar pábulo á un amor que atendida su pobre posicion y lo holgado de don Luis, hubiérase podido tener por interesado.

Los meses pasaban entre tanto y los apuros crecian. El oficio de traperero daba poco de sí y el trabajo de Maria sujeto á descuento daba menos toda ia.

El anuncio de la pérdida de los billetes no parecia y por lo tanto tampoco venia el premio que por el hallazgo se esperaba. En

cuanto á disponer de los cuarenta mil reales no habia que pensar en ello; eran el tío Antonio y Mariquita demasiado honrados para disponer de lo que no consideraban suyo.

Habia que pagar al ama y no habia con qué. Mariquita queria llevar á la casa de empeño alguna prenda; pero el trapero se opuso á ello porque pronto se iba á quedarse desnuda Mariquita, pues ya habia tenido que hacer lo propio el mes anterior.

Por consejo del tío Antonio fué la jóven á ver á la hija del marqués, que tan considerada habia sido con ella en la cuestion del vestido.

Mariquita se prestó á ello; contó á Clarita los apuros con que ella y su padre se veian para alimentar al niño encontrado de un modo tan particular. La historia de aquel niño, que le recordaba á su hijo conmovió á la hija del marqués, que se disponia efectivamente á socorrer á la costurera; pero sobrevino el marqués y enterándose de la peticion de Mariquita se hizo dar algunos por menores.

El hijo de Clarita habia venido al mundo el martes de Carnaval y en dicho dia habia encontrado otro la costurera, envuelto en unos ricos pañales cuyos ángulos habian sido atados sin duda porque contenian la cifra ó el nombre de la madre. Clarita palideció al escuchar este detalle, y el marqués ya no dudó de que doña Agustina le habia engañado de que el niño de Mariquita no era otro que su nieto.

Impuso silencio con una mirada á su hija, y emprendiéndola contra la pobre costurera, calificó la historia del niño encontrado de infame supercheria para embaucar á las personas honradas, sacándolas recursos para mantener á aquel niño, seguramente de un amor vergonzoso, y enviando en horamala á Mariquita, que, muda de espanto, salió abochornada de aquella casa.

Era preciso ser tan infame y cínico como lo era el asesino de Santiago Contreras, para imputar á otro la falta que habia cometido esta, empleando frases que habian de sonrojarla.

Clarita echó en cara á su padre su conducta en el particular, y aun tuvo palabras honrosas para la jóven costurera, manifestando por último deseos de recobrar á su hijo; pero el marqués se opuso tenazmente, diciendo que nunca consentiria en su casa á aquel niño que le recordaria su honor infamado, que seria además un obstáculo perenne al enlace de su hija con Luis de Villanueva, que tanta cuenta tenia á todos que se consumára cuanto antes.

Mariquita dió cuenta al tío Antonio de lo que en casa del marqués le habia sucedido, en donde se le habia atribuido la maternidad del niño en cuestion.

El honrado trapero consoló á Mariquita lo mejor que pudo, y tomando pié de la suposicion del marqués, hizo comprender á la costurera cuán peligrosa era para su reputacion la adopcion de aquel niño, así como las visitas de don Luis de Villanueva; que el vecindario empezaba á murmurar, y que no bastándole á la mujer ser honrada, como lo era Mariquita, sino que además ha de parecerlo, era de absoluta necesidad si queria poner á salvo su honor,

el único patrimonio de los pobres, despedir á don Luis y mandar el niño á la Inclusa, ya que además no podían mantenerlo.

Los consejos del tío Antonio eran sanos, pero mortificaban en alto grado los sentimientos de la pobre joven, que se habia ya acostumbrado á las honestas visitas de don Luis, que estaba con ella cada día mas respetuoso, y á las caricias de aquel angelito, al cual amaba como si fuera suyo. Preciso fué, sin embargo, abrir los ojos á la razon y á la conveniencia acordándose por fin poner en obra lo indicado por el juicioso trapero.

Al llegar el jóven Villanueva á casa de Mariquita estaba presente el trapero. Contáronle lo que á la costurera le habia pasado en el palacio de Casa-Vicente y en consecuencia lo que habian resuelto respecto al niño. Indignése don Luis contra el marqués que se habia permitido insultar á su amada y ofreció un bolsillo para sobrevenir á todos los gastos que el niño ocasionara.

Agradecieron Mariquita y el trapero la generosidad del jóven; pero la rechazaron con dignidad, añadiendo el tío Antonio, pues la pobre costurera no tuvo valor para ello, que era forzoso que pusiera fin á sus visitas, que de ningun modo favorecian la reputacion de la jóven.

Don Luis quedó anodado ante la manifestacion del trapero, y dirigió una mirada suplicante á Mariquita, como preguntándole si era aquello cierto.

No sin mucha violencia confirmó Mariquita lo dicho por el tío Antonio, aunque suplicando á D. Luis que no tomase aquella disposicion como una despedida brusca, sino como una medida que la razon y la conveniencia le imponian.

La actitud de Mariquita imponia vivamente á D. Luis. El enamorado jóven se habia tambien acostumbrado á aquellas visitas diarias y no pudiendo resistir á la idea de separarse de aquella casa, mansion de la mujer á quien tanto amaba, no pudo más: manifestó que amaba á la costurera tanto por su belleza física como por sus prendas morales, dignas de una santa; que desde aquel momento iba á romper sus compromisos de casamiento con la hija del marqués, pidiendo á este cuentas de la herencia y que, una vez en posesion de ella, la pondria asi como su mano á disposicion de su adorada Mariquita.

Esta no cabia en sí de gozo, y confesó á D. Luis que tambien le amaba, pero que su pobre posicion la habia impedido manifestárselo.

El trapero se puso no menos contento; estrechó en sus brazos al jóven Villanueva. Este cogió una mano de la jóven besándosela por primera vez y salió de aquella casa dejándose el alma en ella...

Mariquita era feliz. Querida por el honradísimo tío Antonio; amada por un jóven rico y elegante, que la preferia á ella, oscura y pobre, á la orgullosa hija del marqués de Casa-Vicente, ¿qué mas podia desear?

¡Inocente jóven! ¡cuán pronto verás trocada tu alegría por los mas crueles padecimientos!

Apenas Mariquita hubo salido de casa del Marqués, este hizo llamar á doña Agustina, la comadrona, la cual, cediendo á las amenazas de aquel confesó por fin que no habia tenido valor de estrangular al niño, indicando la casa donde lo habia depositado.

El marqués indicó de nuevo que era forzoso que el niño desapareciera, no perdonando diligencia de ninguna clase; que él doblaría la cantidad, pero que queria cerciorarse por sí mismo de la desaparicion del niño, á fin de que no se repitiera lo de la primera vez.

Doña Agustina prometió al marqués que aquella misma noche procuraría penetrar en la habitacion de la costurera, estuviera ó no ausente esta, apoderándose del niño que arrojaria al pozo de la misma casa, que estaba en el pátio, todo lo cual podria ver el marqués acostado convenientemente.

Llegó la noche. Mariquita salió á devolver la labor que habia terminado aquel dia quedándose el tío Antonio guardando el niño al cual mecía entre sus brazos, acariciándole. El trapero estaba contentísimo. Los diarios de la tarde habian publicado por fin el suspirado anuncio ofreciendo un buen premio al que hubiese encontrado y devolviese los cuarenta mil reales. Por fin, podria librarse del peso de aquel depósito que no le pertenecía y mejorar algo su situacion y la de Mariquita y el niño con la prima que por el hallazgo le darian.

Durmióse el niño. Colocóle el trapero encima de la cama de Mariquita y fuese á la cocina á ver como estaba la cena, segun le habia encargado la jóven.

Regresó esta mas alegre que de costumbre, pues se habia encontrado con D. Luis que le habia reiterado su promesa de casarse con ella. Preguntó el trapero por el niño, y diciéndole aquel que le habia puesto en la cama, porque se habia dormido, fué Mariquita á verlo, y júzguese de la sorpresa de la jóven al encontrar la cama vacía. Miraron ella y el tío Antonio por el suelo y por debajo de la cama por si el niño habia caido rouando; pero nada el niño no aparecia. Antonio fuera de sí corrió á su habitacion para ver si habia colocado al niño en su cama y no en la de María, como creía, cuando se abrió la puerta de la habitacion apareciendo por ella un comisario y dos agentes.

—Se llama V. María Contreras, y es V. costurera?—preguntó el Comisario á la jóven.

—Sí señor,—respondió la jóven asustada.

—Dése V. presa. Está V. acusada del crimen de infanticidio. El niño que tenia V. recogido y que decia V. no ser hijo suyo, ha sido hallado casi espirando en el pozo de esta casa.

Mariquita fué á caer en los brazos del tío Antonio, que habia acudido atraído por las voces. En vano protestó este de la inocencia de María; los agentes se llevaron á la jóven que apenas habia vuelto en sí, diciendo el Comisario que si era ó no inocente ya lo decidirian los tribunales.

Hé aquí lo que habia sucedido. Luis de Villanueva se habia presentado al marqués pidiéndole las cuentas de la administracion

de su patrimonio y relevándole además del compromiso de darle la mano de su hija.

El marqués quedó anonadado: la determinacion que acababa de tomar Luis de Villanueva desbarataba todos sus planes y lo arruinaba sin remision.

Pensó que algun otro amor sorbía los cascos á su pupilo y quiso averiguarlo desde luego. No tuvo que molestarse mucho; por uno de sus mismos criados supo que D. Luis visitaba con mucha frecuencia á la jóven costurera de la señorita Clarita.

Encendido en ira el marqués propúsose á sí mismo destruir aquel obstáculo que imposibilitaba el casamiento de su hija, y la ocasion vínole de perlas al antiguo asesino, pues de un solo golpe podia perder á Mariquita y deshacerse del niño.

Resuelto á acabar cuanto antes, y segun habian convenido con doña Agustina, esta y el marqués salieron á las nueve y media dirigiéndose á la calle de Ministriles. Vieron salir á la jóven costurera sin el niño, por lo que conjeturaron que este habia quedado dormido en la habitación.

Doña Agustina subió á esta, provista de una llave maestra, que no fué necesario emplear, porque la puerta estaba solamente entornada. Sorprendióse no poco de esta circunstancia la comadrona, como que ignoraba la estancia del trapero en la morada de la modista; pero decidiéndose por fin y no sin algun temor topó con la cama desapareciendo mas que de prisa con el niño.

El marqués habia quedado en acecho en el portal de la casa. Al ver bajar á doña Agustina por la escalera por la escalera con un envoltorio debajo del brazo, señalóle con un ademan el pozo que estaba en mitad del patio. Doña Agustina dirigióse al brocal; vaciló un tanto, pero á una imperiosa mirada arrojó el niño al pozo.

Todo esto pasó con la rapidez del rayo.

Al ver tirar el niño en el pozo, el marqués marchóse precipitadamente á dar parte á la Comisaria inmediata, imputando el hecho á Mariquita.

Nuestros lectores saben ya lo demás.

Una sonrisa de satisfaccion brilló en el rostro de aquel mónstruo, que se creía libre y salvado de este nuevo crimen, como impune habia quedado el primero que cometiera asesinando al infeliz Santiago, padre precisamente de la nueva víctima que acababa de inmolar; y es que la impunidad engendra la confianza, y en la carrera del crimen el primer paso es el que cuesta: dado este los demás se suceden con una frecuencia aterradora.

Pero el marqués no contaba con la huéspedea, y la huéspedea era para el desalmado asesino el trapero, cuya astucia y bondad eran tan notables, como notables eran la perversidad y el dolo en el flamante marqués de Casa-Vicente.

CAPITULO IV.

Astucia y habilidad del Trapero.

El tío Antonio no pudo pegar los ojos en toda la noche, pensando en la suerte de su querida hija adoptiva. No se amilanó porque sabía muy bien que para obrar se necesita ánimo y serenidad. Faltábale dinero, es verdad, que en todos los azares de la vida es casi el principal elemento; pero al día siguiente lo tendría, puesto que pensaba devolver los billetes y cobrar la prima por el hallazgo ofrecida.

Esto le obligó á releer el anuncio, llamando su atención una particularidad que antes no habia notado.

Los billetes los reclamaba doña Agustina Arroyo, comadrona, y se habian perdido la noche del martes de Carnaval, precisamente la noche misma en que Mariquita encontró en su cuarto el niño objeto y causa de tantos disgustos. ¿Estarian relacionados ambos hechos? ¿Quién sabe? pensaba el trapero, que como se vé era caviloso y observador en extremo.

Al día siguiente muy de mañana encaminóse el honrado trapero á la cárcel, sin ni siquiera desayunarse, para ver y consolar á Mariquita; pero no pudo verla porque seguia aun incomunicada.

No teniendo nada que hacer en la cárcel dirigióse el trapero á casa de doña Agustina. Al manifestarle el trapero que era portador de los cuarenta mil reales, los ojos de la comadrona brillaron de codicia y se dispuso á darle el hallazgo, sacando de la cómoda un bolsillo de dinero.

Sacó el tío Antonio los billetes y sin soltarlos manifestó sin rodeos deseos de saber como habia ganado aquel dinero doña Agustina, pues le extrañaba que una señora fuese por las calles de Madrid á las cuatro de la madrugada, hora en que se habian perdido, con los bolsillos repletos de dinero.

Las evasivas de la comadrona no satisficieron al trapero, diciendo á doña Agustina que si no le decia la verdad echaria los billetes en la chimenea que estaba allí ardiendo.

Contestó la señora de Arroyo que á él nada le importaba el saber como habia ganado aquel dinero y que lo devolviera de buen grado sino queria que le obligase por la fuerza á ello.

El trapero por toda contestacion echó un billete al fuego que lo consumió en un instante.

Doña Agustina por poco aboga al trapero. Este impasible echó otro billete al fuego.

El furor de la comadrona no tuvo ya límites, llamó bandido al tío Antonio y nada quiso confesar. Otros dos billetes fueron á parar á las llamas: iban consumidos ya ocho mil reales y el resto no esta-

ba muy seguro, pues la terquedad de ambos parecia que habia entrado en competencia.

Doña Agustina desconfiando ya de reducir al trapero se dispo-
nia á llamar, pero este aproximó los billetes que restaban al fuego
diciéndole que si llamaba los soltaria.

La comadrona no pudo retistirse á perder totalmente aquel di-
nero á costa de tantos afanes adquirido y se dispuso á confesar.

—Enhorabuena;—exclamó el trapero,—pero advierto á V. que si
no me dice V. toda la verdad quemó los billetes sin atender á
nada.

Doña Agustina contó por fin al tío Antonio lo que ya saben
nuestros lectores, sin omitir detalle alguno. El trapero tenia ya el
hilo de todo; pero le faltaba una prueba siquiera para corroborar
las declaraciones que iba á hacer ante la justicia.

La comadrona dijo que tenia una carta de la hija del marqués
en la que le suplicaba que retirase su hijo de casa de la costurera,
poniéndole en lugar seguro, que ella le pagaria el doble de lo que
hubiesen ofrecido los interesados en la desaparicion del niño.

Esta carta era más de lo que el trapero necesitaba, y solamente
se desprendió de ella doña Agustina, cuando el tío Antonio le dijo
que con aquella carta pensaba sacar un dineral al marqués, y que
lo partiria con ella.

La codicia arrancó por fin la carta de Clarita que pasó de las
manos de la comadrona á las del trapero. Este entregó los billetes
y marchó á casa del Marqués de Casa-Vicente;

El trapero preguntó por el señor marqués.

Los criados de éste cuando vieron á un hombre de tan mísero
aspecto dijeron que el señor marqués no recibia; pero el trapero
insistió en que era para un asunto de mayor importancia para el
dueño de la casa, que al fin le anunciaron.

Al encontrarse por primera vez aquellos dos hombres, despues
de veinte años, algo extraordinario pasó en su interior. Pareciales
á uno y á otro que no era la primera vez que se veian, confirmán-
dose en ambos esta opinion á medida que fueron hablando.

Al decir el tío Antonio que era de oficio trapero, ya no le cupo
ninguna duda al marqués de que tenia en su presencia al único
testigo de su primer crimen. Por su parte al ver el trapero la im-
presion que le produjo al marqués, el nombre de Santiago Con-
treras, por cuya hija venia el trapero á interceder, conoció por fin
que se hallaba en presencia del asesino del padre de la infortunada
Mariquita.

Disimularon ambos, diciendo el marqués que compadecia á la
joven costurera de su hija; pero que nada podia hacer por ella.

Insistió el tío Antonio, contestando al marqués con intencion,
que harto le constaba la inocencia de su protegida, que bastaria
que él hablase sin comprometer á nadie para que Mariquita se sal-
vase.

Antonio no pudo continuar, dióle una congoja á causa de la de-
bilidad, pues ya hemos dicho antes que el trapero no se habia si-
quiera desayunado.

El marqués hizo que uno de los criados diera al trapero una copa de vino.

Lo primero que hizo el tío Antonio al volver en sí, fué palpase el pecho donde llevaba la carta de Clarita, en la cartera de Santiago Contreras.

Este movimiento no pasó desapercibido para el marqués; conoció que el trapero sabía algo que le ocultaba; quiso hacerle hablar y ver además si podía averiguar lo que traía en el pecho.

El tío Antonio temblando como un azogado, se sentía indispuerto, precisamente en casa de aquel malvado que no dejaría de aprovechar la ocasión, si llegase á faltarle el conocimiento, para perderle, como había perdido á Santiago y á su hija.

El tío Antonio no queriendo malograr lo que tenía en tan buen estado, manifestó deseos de retirarse, pero al encaminarse á la puerta dióle otra congoja y el marqués mandó dar otro vaso de vino, con lo cual se reanimó el tío Antonio; pero en estado de completa embriaguez. Su extrema debilidad, y los vapores del vino que el bribon del marqués le había propinado, lo habían puesto en aquel lamentable estado.

El marqués se aprovechó de él. Mandó á los criados que se retirasen.

Una vez solos el trapero y el marqués, este dió un fuerte empujón á aquel que cayó rodando sobre la alfombra. El golpe que recibió el trapero le devolvió un poco á la realidad; pero fué por pocos momentos. El marqués le sacó del pecho la cartera y de esta la carta de su hija, cuya existencia ignoraba y no sabía como había podido ir á parar á manos de aquel hombre, y la quemó en el acto tirándola á la chimenea. Examinó despues rápidamente la cartera, que reconoció ser la de Santiago Contreras, volviéndola al bolsillo del trapero. Este, sin conciencia completa de lo que pasaba, pareció serenarse un poco al sentir las manos del marqués encima de su pecho, forcejeó inútilmente para librarse de su agresor, solo cuando vió arder la carta que el marqués le arrebatara exclamó:

—¡Mi carta! ¡Ah! ¡asesino! te conozco—hace veinte años—si yo he bebido—Yo—¡Pobre María! ¡No hay salvacion para tí!

Despues perdió el conocimiento. El marqués llamó á sus criados mandando que entregasen al trapero á la justicia, pues era el asesino de Santiago Contreras, el antiguo cajero de su consocio difunto, D. Luis de Villanueva.

El marqués triunfaba: todos sus enemigos estaban vencidos; todos los estorbos habían desaparecido.

Faltaba solo que las cuentas que le tenía pedidas Luis de Villanueva satisficiesen á este.

CAPITULO V.

Triunfo de la inocencia.—Conclusion.

El tío Antonio fué conducido á la Comisaría. Al llegar á ella

estaba completamente despejado. La terrible emoción que había experimentado al verse acusado de asesinato por el mismo asesino, había obrado aquel prodigio. Ya no pensaba más que en salvar á la pobre Mariquita; pero ¿cómo, si le había sido arrebatada la única prueba que de su inocencia tenía?

A las preguntas que el Comisario le dirigía contestaba solamente que no se trataba de él sino de María que era inocente, como la Virgen María, cuyo nombre llevaba, que le prestasen tres mil duros y él probaría la inocencia de la jóven y la suya en menos de una hora.

El Comisario creyó que el traperero se había vuelto loco. Se le acusaba de robo y asesinato y solo se ocupaba de salvar á la costurera, como si la situación de esta no fuese á todas luces menos grave que la suya propia. Para aquellos magistrados el traperero evidentemente había perdido la razón.

Sin embargo, la vehemencia y la lucidez con que se explicaba y los argumentos que aducía revelaban un fondo de bondad y candor impropio de la generalidad de los verdaderos criminales, y revelaba en fin algo que predisponía el ánimo en su favor; pero los jueces solo atienden á las pruebas materiales y como el pobre traperero no podía aducir ninguna, se disponía ya á llevarle á la cárcel, cuando felizmente para él entró en la Comisaría don Luis de Villanueva.

Al verle el traperero se alegró en extremo, pues creyó salvada á su protegida. Llamó al jóven que se quedó asombrado de encontrar allí al tío Antonio y más cuando se le dijo que estaba acusado de asesinato y robo, y que su acusador era el marqués de Casa-Vicente.

Don Luis conocía al traperero. La honradez probada en mil ocasiones, y recientemente con motivo del encuentro de los cuarenta mil reales, con los cuales hubiera podido quedarse y sin embargo devolvió íntegros, á pesar de haber pasado grandes necesidades por falta de recursos, le ponían al abrigo de toda infame sospecha. Además, el nombre del acusador le indicaba claramente que había en todo un misterio que no le era dado penetrar.

Acercóse don Luis al traperero ofreciéndoséle en todo cuanto de él dependiese, pero el traperero nada quería para sí, pues según él no tenía importancia su detención sino por lo que pudiera prolongar la de Mariquita.

Don Luis estaba enterado de todo; sabía que Mariquita era inocente, y no deseaba más que librarla de los horrores de un encarcamiento, que para los avezados al crimen es una diversión, y para los inocentes es un verdadero suplicio.

El tío Antonio comunicó su plan al jóven, pareciéndole á éste tan acertado, que no tuvo inconveniente en responder de la persona del traperero al Comisario. Este quiso, no obstante, enterarse de lo que pretendía hacer el traperero antes de consentir en nada; pero no tuvo inconveniente siempre que el tío Antonio consintiera en ir en compañía de un agente de la autoridad á practicar el paso que, según él, había de salvar á la costurera, y más tarde á él mismo. No

tan solo consintió el traperero, sino que hasta reclamaba la compañía del agente y hasta la de dos guardias, pues se trataba de prender á uno de los principales criminales.

Volvió don Luis con los sesenta mil reales pedidos por el traperero, y éste, acompañado del agente y seguido de dos guardias, dirigieronse todos á casa de doña Agustina. Subieron el tío Antonio y el agente á casa de la comadrona quedando los dos guardias en el portal.

Doña Agustina recibió muy bien al traperero, si bien algo sorprendida al ver que no iba solo. El tío Antonio la tranquilizó diciéndola que el caballero que la acompañaba habia entrado en el negocio, pues para presentarse al marqués se necesitaba una persona de viso que le impusiera y no un miserable trabajador. Que tan bien habia trabajado el nuevo asociado, que tenia en su poder sesenta mil reales que habia sacado al marqués con la carta de su hija, y que iban á repartirse al momento.

El agente sacó el dinero en billetes de banco. A la vista de aquel tesoro doña Agustina cayó en el lazo. El traperero hizo tres lotes de veinte mil reales, entregando uno á la comadrona; pero ésta no se contentó. Despues de alegar que ella habia sido la que mas habia trabajado y se habia espuesto, arrojando al niño al pozo, (confesion que llenó de júbilo al tío Antonio,) habia convenido en retirar la mitad de las utilidades y no la tercera parte, y que por lo tanto queria treinta mil reales, toda vez que no era ella la que habia reclamado la cooperacion de un tercero.

Diéronle los treinta mil reales, pues era lo mismo que no darle ninguno, y habiendo dicho el traperero que era preciso otra prueba para seguir extrujando el limon, puesto que la carta de Clarita habia habido que cederla al marqués para que soltara los billetes, la comadrona sacó de un cajon las puntas de los pañales que habian servido para la envoltura del niño, y que el marqués habia cortado porque tenian bordadas sus iniciales y la corona de marqués.

Nada más quiso saber el agente. La prueba era concluyente. Prendió en nombre de la ley á doña Agustina Arroyo, convicta y confesa del crimen de infanticidio, y con ayuda de los guardias se la llevó presa á la Comisaría. La infeliz comadrona, muerta de miedo, acabó de confesar, por lo que fué proclamada la inculpabilidad de Mariquita, que fué puesta al momento en libertad.

Oidas las revelaciones de doña Agustina, el Comisaro trasladóse al palacio del marqués de Casa-Vicente, acompañado de dos alguaciles. Allá fueron tambien Mariquita, don Luis y el traperero, que habia ido antes á buscar los chismes de su oficio, para que la prueba fuese mas decisiva.

El marqués no estaba en casa y su hija recibió al Comisario echándole en cara el atrevimiento de haber penetrado hasta sus habitaciones, que ella nada tenia que ver con la justicia, y que por lo tanto se retiraba; pero el Comisario la detuvo con buenos modos, diciendo que tenia que dirigirla una pregunta.

—¿Quién acusa á mi padre? ¿Quién osa sospechar de mí?—preguntó la imprudente jóven.

—¡Yo!—dijo el trapero presentándose repentinamente seguido de Mariquita y de don Luis.

Clarita no se inmuto al ver que entre sus acusadores no estaba la comadrona, la única que podía hacerlo.

—¿Usted? ¿Y quién es ese hombre? ¿De cuando acá se permite á la gente perdida hollar con su inmunda planta los salones de las personas elevadas por su rango y su clase?—preguntó airada la jó-ven.

—Desde que la gente *perdida*, según usted—replicó el trapero—es mas honrada y mas digna que esas personas elevadas, entre las cuales hay asesinos é infanticidas. Señor magistrado—añadió—se acabaron los miramientos! ¿Conoce usted á esta jóven?—preguntó á Clarita señalando á Mariquita.—¿Se acuerda usted de la noche del martes de Carnaval?

Clarita estaba aterrada. Miró como implorando compasión á la costurera, y al ver una lágrima que surcaba por las mejillas de la bondadosa jóven, la hija del marqués se arrojó á sus piés, diciendo presa del mayor dolor:

—¡María, perdón! Ella es inocente: yo soy la culpable y debo ocupar su lugar, señor magistrado.

—¡Desventurada!—exclamaron á una el tío Antonio y Mariquita.

Llegó el marqués. El trapero dispuso que le dejaran á solas con él, quedando los demás convenientemente apostados para oirlo y verlo todo.

—¡Cómo! ¿tú aquí?—preguntó el marqués asombrado al encontrarse frente á frente del trapero. ¿Te has escapado de la cárcel?

—Sí, señor—respondió tranquilamente el tío Antonio—me he escapado de la cárcel.

—¿Y no temes? ¿Olvidas que estás en la casa del mismo que te hizo prender?—preguntó el marqués.

—No lo olvido—respondió el trapero—pero esta casa es para mí un sagrado, mientras la ocupe el asesino de Santiago Contreras; y he venido á que él me proporcione los medios para salir de Madrid, ó á delatarle.

—¡Imbécil! No te creerán—dijo el marqués.

—Ahora lo veremos—dijo el trapero con ademán de salir.

—¡Miserable!—exclamó el marqués arrojándose á él, pero el tío Antonio le amenazó con el gancho, diciendo:

—¡Quieto! No estoy embriagado como cuando me robaste la carta de tu hija, como en otro tiempo robastes y asesinastes á Santiago Contreras, ¡miserable!

—El marqués quiso salir, pero el trapero siempre amenazándolo—le con el gancho, se lo impidió, continuando:

—Tus riquezas pertenecen á don Luis, á cuyo padre robastes asesinando á su cajero Santiago. Tu rango es el de miserable asesino: tu título no te librará del rigor de las leyes: ¡Mira el caso que hago yo de él!—añadió arrancándole con el gancho la cinta que llevaba en el ojal, y arrojándolo al cesto.

—¡Infeliz!—exclamó fuera de sí el marqués. sacando una pisto-

2500
15a

Ref: 3030

la.—¡Soy el asesino de Santiago Contreras, como ahora lo voy á ser tuyo!

Y apuntando el arma al pecho del trapero, disparó, pero éste, ágil aun á pesar de la edad, dió un salto oblicuo que le libró de ser víctima de aquel bandido.

El Comisario y los alguaciles salieron en seguida aun que sin haber podido evitar el tiro.

—Señor magistrado, ya veis quién es el señor marqués y quién el pobre trapero—exclamó éste.

El marqués, ó mejor dicho Vicente Soler, fué preso y mandado á un presidio. Clara, su hija, á purgar su liviandad en un correccional, lo mismo que doña Agustina.

Mariquita y Luis, dueño éste de la herencia que no habia acabado de desaparecer en manos del marqués, se casaron y tuvieron una buena coleccion de hermosos niños que fueron su delicia y la del honrado trapero, que nõ se separó de ellos hasta la hora de su muerte.

FIN